

RECENSIONES Y NOTICIAS DE LIBROS

INDICE

- Fernando Díaz-Plaja: *El siglo XIX (La Historia de España en sus documentos)*.
Gaspar Gómez de la Serna: *España en sus episodios nacionales (Ensayos sobre la versión literaria de la Historia)*.
Julio Fausto Fernández: *Del materialismo marxista al realismo cristiano*.
Mauricio Carlavilla: *Malenkov*.
Augusto Martínez Olmedilla: *El Madrid de José Bonaparte*.
Gregorio R. de Yurre: *Sistemas Sociales*. Volumen I: *El liberalismo*.
Angel Herrera Oria: *Nadie puede servir a dos señores*.
María Ada Benedetto: *Vico in Piemonte*.
Manlio Ciardo: *Filosofia dell'Arte e Filosofia come totalità*.
Armando Carlini: *Il problema di Cartesio*.
Manlio Ciardo: *Le quattro epoche dello storicismo*.
Cornelio Fabro: *Tra Kierkegaard e Marx*.
Georges Le Brun Keris: *Mort des colonies?*
Robert Gabor: *Organization and Strategy of the Hungarian Workers (Communist Party)*.
Frederic A. Ogg y Harold Zink: *Modern Foreign Governments*.
Raphael Patai: *Israel between East and West*.
J. C. Hurewitz: *Middle East Dilemmas; the Background of United States Policy*.
W. H. Lewis: *The Splendid Century. Some aspects of French Life in the reign of Louis XIV*.
Rudolf Wildenmann: *Partei und fraktion* Westkulturverlag Anton Hain.
Jürg Johannesson: *Beruf und privateleben im industriebetrieb*.
Nicolai Hartmann: *Der Denker und sein Werk*.
Gerhard Hennemann: *Das Bild der Welt und des Menschen in ontologischer Sicht*.
Symposion: *Jahrbuch fur Philosophie*.

FERNANDO DÍAZ-PLAJA: *El siglo XIX (La Historia de España en sus documentos)*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1954.

La personalidad del autor de este libro, don Fernando Díaz-Plaja, nos es bien conocida desde hace muchos años; siempre trabajador infatigable y ansioso de laborar en la investigación de nuestra historia o de nuestra literatura. Ahora, en el presente volumen, el doctor Díaz-Plaja se ha interesado por nuestro siglo XIX y se ha preocupado, según sus propias palabras, en las «Notas Preliminares»

de «la necesidad de devolver al documento el puesto de honor que le corresponde en la historiografía española». La célebre y sabida frase de «sin documentos, no hay historia», ha estado presente durante toda la elaboración de la obra, y frente a la alegre palabrería de las acostumbradas frases hechas y de los mejores tópicos, el señor Díaz-Plaja ha buscado a través de nuestro siglo XIX

todo un conjunto de exacta documentación que ayude al lector a comprender de un modo lo más verídico posible esa centuria tan discutida y atormentada.

Se inicia esta interesante colección documental con el comienzo del siglo, en 1800, incorporándose, por tanto, la zona que pudiéramos llamar de transición desde 1800 a 1808, la fecha del comienzo de nuestra Historia y de nuestro mundo contemporáneo, a este siglo XIX, cuyas características esenciales todavía tardarán unos años en aparecer. Los primeros documentos se refieren a unas curiosas cartas confidenciales de la reina María Luisa a don Manuel de Godoy. Sólo el título, más el destinatario, son suficientes para hacer comprender su interés. Publica después el Tratado de San Ildefonso, la Paz de Amiens, la descripción del Tratado de Trafalgar, y varios documentos, numerosos e interesantes, referentes al 2 de mayo de 1808, y a la gloriosa guerra de nuestra Independencia.

En capítulo II está dedicado a la Guerra de la Independencia y Reforma Liberal. La proclama de la Junta General del Principado de Asturias, proclamas de Napoleón y de José Bonaparte, las capitulaciones de Bailén, el «Catecismo español de 1808», la famosa «Respuesta de Jovellanos al general Sebastiani», el juramento de los diputados el 24 de septiembre de 1810, en la iglesia mayor de Cádiz, la abolición de la Inquisición y la Representación de los diputados a Fernando VII, llamado el Manifiesto de los Persas, firmado en Madrid el 12 de abril de 1814, y que concluyó con el sistema constitucional de las Cortes Cádiz.

El capítulo III comprende desde el célebre Decreto de Valencia del 4 de mayo de 1814 anulando toda la obra liberal de las Cortes de Cádiz hasta la muerte de Fernando VII en 1833. La serie de vicisitudes del especial gobierno de aquel monarca, de rey absoluto, después constitucional, y más tarde, de nuevo absoluto, son

seguidas merced a la inteligente selección realizada por Díaz-Plaja, en sus momentos más decisivos y documentos más importantes.

En 1833 se inicia el capítulo IV, dedicado a «Cristianos y carlistas». Es ya el comienzo de la guerra carlista. Por una parte, el manifiesto de Don Carlos, fechado en el mes de octubre de 1833; y por otra, el manifiesto de Cea Bermúdez, que significa, según el texto que publica el autor, «La nueva orientación de la política española entre tradición y progreso, que se daba en el Palacio de Madrid, el 4 de octubre de 1833. Hasta la marcha del general Espartero en 1843, que protesta con el acostumbrado manifiesto, desde el «Betis», camino del destierro y al que el Gobierno de España, por Decreto dado en Madrid el 16 de agosto de 1843, priva de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones. En este capítulo se publican los documentos más importantes referentes a este interesante decenio.

Los dos últimos capítulos (V y VI), «Reinando Isabel II» y «La Revolución», terminan esta obra, comprendiendo en estos dos últimos volúmenes los episodios más salientes e importantes de estos años, o sea desde 1843 a 1875. El último capítulo, el VII, está dedicado a «La Restauración»; comprende los años desde la Restauración hasta la llamada catástrofe de 1898, publicando como síntesis de dicha época el tan discutido como tristemente famoso en cuanto tiene de pesimista, artículo de don Francisco Silvela titulado «Sin pulso», publicado en *El Tiempo*, en Madrid, el 16 de agosto de 1898, y el Tratado de París, de 10 de diciembre de 1898.

Una acertada bibliografía sobre los problemas más importantes de los planteados en siete capítulos que acabamos de mencionar completan el texto de este libro de 440 páginas, que al cabo de veinticinco años ha venido a completar el entonces publica-

do por Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas (*Lecturas de Historia de España*, Madrid, 1929), que se refería a la Historia española en toda su integridad, habiéndose fragmentado por siglos esta serie de nuevas publicaciones que inicia, con el volumen que comentamos, el señor Díaz-Plaja. De este modo la perspectiva histórica puede seguirse mucho mejor y el lector encontrar rápidamente y tratado de un modo más profundo el tema que le interese. Naturalmente, como en todas las «Antologías» o colecciones en que tiene una gran parte el gusto del autor que ha dirigido la selección, podría y podrá discutirse el criterio adoptado por el señor Díaz-Plaja en los cuatro centenares de páginas que aproximadamente componen su obra. ¿Ha predominado lo político? ¿Se ha dejado influir por los acontecimientos militares excesivamente? ¿Han sido los factores sociales o los culturales los que le han movido en su selección? Pero todo el que quiera discutir este tema tendrá necesariamente que ser, a su vez, examinado de su propia pasión, que le llevaría a cambiar o creer que el señor Díaz-Plaja debía haber seguido otro camino. Nosotros confesamos que entendemos es un pleno acierto el trabajo y selección del señor Díaz-Plaja y que ha sabido proporcionar los distintos aspectos de nuestro complejo y variado siglo XIX para ofrecernos esta «Antología», la que tanta falta hacía para nuestras Universidades y para nuestros estudios. Su contribución es verdaderamente notable y gracias a su gran cultura histórica y literaria, ha podido acertar el señor Díaz-Plaja en este volumen que con tanto acierto ha patrocinado el Instituto de Estudios Políticos. Es de desear la aparición de los correspondientes a otros siglos en el plazo más breve posible.

Acaso el tan frecuente abuso de la llamada interpretación histórica, que ha llegado en los últimos tiempos a excesos lamentables, hace preciso de modo más apremiante el fomentar la publicación de Selecciones o Antologías o Lecturas Históricas, como quieren llamarse, y de la que es ejemplar publicación esta del señor Díaz-Plaja, en la que se ofrezca al sencillo lector la Historia tal como fué; en sus documentos, o en su geografía, o en su retrato. En una palabra, en su pura o en su más aproximada verdad, sin comentarios, sin apologistas ni detractores. Dejar libremente que cada uno reaccione ante los grandes acontecimientos, o las grandes fechas, o los tristes destinos. Los españoles precisan especialmente, por su tendencia al olvido, a ser educados de un modo sistemático en el cultivo del pasado y de sus grandes acontecimientos. La ejemplaridad y el recuerdo de la Historia evitarían acaso muchos otros graves problemas; por eso el verbo recordar, y la palabra historia deben ser fundamentales en el desenvolvimiento de nuestra cultura. Por todo esto, el Instituto de Estudios Políticos merece nuestra cordial felicitación. Este libro, dedicado especialmente a nuestra Historia Política, permitirá a muchos españoles enfrentarse con los textos, de muchos problemas y de horas decisivas que fueron para España y sus gobernantes de otros tiempos, de las más graves y dolorosas unas, de los más alegres y felices otras. Pero todos fueron hechos y horas de España, y a todos nos pertenecen, para su meditación y su consejo. Y acaso ningún siglo como este XIX, que nos precedió en nuestro vivir, más interesante y más seguro, para servirnos en esa meditación que aconsejamos.

Todo esto lo deberemos al libro del señor Díaz-Plaja.—C. ALCAZAR

GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA: *España en sus episodios nacionales* (Ensayos sobre la versión literaria de la Historia). Madrid, Ediciones del Movimiento, 1954.

Si es verdad que de buena fuente familiar le viene a este Gómez de la Serna la gracia y galanura de estilo literario —que bien puede ser maestro de todos, y más de sus parientes, el sembrador de las «Greguerías»—, de buena fuente familiar le viene también su precisión y cuidado de fino intelectual, sin duda heredados de José Gómez de la Serna y Favre, padre del escritor, «intelectual de primer orden», a quien éste dedica el libro, y que en estudios jurídicos y filosóficos nos dejó, antes de que los fusiles segaran su vida en Paracuellos de Jarama una madrugada de noviembre de 1936, buenas muestras de su agudeza mental y de su afilada facultad intelectual.

Decimos, pues, que de tales altos veneros puede, si así se quiere, venirle a Gaspar Gómez de la Serna el caudal primero de una precisión literaria e intelectual que, después, dedicación y esfuerzo han acrecentado y depurado hasta llegar, a través de varias muestras en libros y artículos ocasionales, a la realidad que nos presenta en él un crítico y ensayista maduro; crítico y ensayista que se aúnan ahora para ofrecernos una de las investigaciones estilísticas más logradas y sagaces de cuantas se han escrito en España durante los últimos tiempos. *España en sus episodios nacionales* es, sobre otras cosas posiblemente más aparentes, eso que con toda intención y conciencia de lo que vale acabamos de escribir: una de las investigaciones estilísticas más logradas y sagaces de cuantas se han escrito en España durante los últimos años.

En ella estudia el autor la aparición y significación del «episodio nacional» como género literario, dándonos su definición, y diferenciándolo suficientemente y claramente de aquellos otros

géneros que le son próximos, y con los cuales una superficial mirada pudiera confundirlo. (La manera, por ejemplo, como el autor va anotando las diferencias del género respecto de la novela histórica, es muestra de buen tino, de agudeza y de claridad de percepción y exposición.) La personalidad y peculiaridad de la obra de quienes el episodio cultivaron, desde Galdós —que dió nombre al género— hasta Gironella, se analiza a continuación. La imprenta, que marcó el suceso histórico en otras manifestaciones literarias; la guerra en la poesía de Dionisio Ridruejo; el impacto de los acontecimientos del 98 en Ramiro de Maeztu; la versión del sentimiento patriótico en *Azorín*; el entendimiento histórico de José Antonio respecto a la generación del 98; y el propio entendimiento, que es el de su generación, del autor en torno a la significación del 18 de julio, se considera en cinco apéndices que completan el libro.

Por cuanto se refiere al trabajo que da nombre al volumen, la claridad con que Gaspar Gómez de la Serna va acotando el terreno que en la literatura ocupan lo épico y lo novelístico hasta hacerlo confluir, con sus características diferenciales, en el resultado del episodio nacional y a través de la novela histórica y de la novela de costumbres, es totalmente convincente. Y el mismo acierto y la misma buena vista del autor se comprueban, entre otros logros y aparte del acopio de material empleado en el intento, en esa precisión con la que señala la obra de Pedro Antonio de Alarcón, en sus «Historietas Nacionales», como precursora del género; o en ese saber detenerse ante ciertas analogías aparentes, para así dejar fuera del cuadro de la novela histórica la de contenido social, aflorada

en algún momento de nuestra literatura. Y pues que de aciertos hablamos, no olvidemos el que supone haber sabido calibrar la razón que coloca a don Ramón María del Valle-Inclán en distinta actitud ante la Historia que ama y venera y ante la Historia que padece y sufre: razón que explica la diferencia que hay entre el Valle-Inclán cuidadoso y amoroso que escribe sobre las guerras carlistas, y el autor de los esperpentos que caricaturiza y se burla de los personajes y de los tiempos liberales.

Más cerca de nosotros —y por lo tanto más en trance de revisión—, la labor sobre los otros cultivadores del género: el conde de Foxá, Rafael Serrano, José María Gironella, tiene el interés de que vaya construyendo Gómez de la Serna una serie de consideraciones, al parecer aisladas, pero unidas por un hilo de cordial y entusiasta entendimiento en torno a los acontecimientos que dieron origen a estos episodios de postguerra; consideraciones en las que se encuentra perfectamente retratada la actual situación espiritual de quienes vivieron, para su gloria y para su pesadumbre, los tiempos de la guerra. El estudio que sobre la ensambladura de lo social en lo político hace el autor; la consideración de las razones que hicieron aparecer el personaje colectivo sobre el individual; la quiebra de conductas y de situaciones que originó la absolutamente necesaria ruptura del

joven con el mundo precedente, están clavándose sobre el recuerdo, sobre la emoción y la nostalgia de muchos lectores del libro.

No hace falta decir del cuidado, de la atención y hasta del mimo con que Gaspar Gómez de la Serna ha ido desmenuzando, entranándose en la literatura de los episodios nacionales. Por encima de las razones puramente literarias que a este terreno le llevarán, había sin duda también un ansia de ver reflejada en la creación novelística de ayer y de hoy el dolor y la esperanza de la patria; de ver cómo la conciencia del escritor había captado ese complejo mundo que hace al hombre subírsele a la cabeza el vino áspero y el dulce vino de la amada España. Vino que, para el dolor y el goce, ahí está en todos esos libros que Gómez de la Serna ha estudiado, y que él recoge en su brillante copa para invitarnos a beber; para invitarnos, claro, al irrenunciable regusto de saborearlo sincera y honestísimamente, sin edulcoraciones, que tanto se usan, y sin permitir que se avinagre; pero, sobre todo, sin echarle una sola gota de agua. Es este también un mérito que importa mucho, y que no podíamos silenciar a la hora de enumerar algunos de los que encierra tan importante libro, capaz de consagrar a su autor, si no estuviera ya sobradamente consagrado.—
D. CASTRO VILLACAÑAS.

JULIO FAUSTO FERNÁNDEZ: *Del materialismo marxista al realismo cristiano*. Ediciones Quijote, Santa Ana, El Salvador, Centroamérica; 304 págs.

He aquí un ensayo filosófico que el autor dice haber escrito como un examen de conciencia. Se refiere a principios fundamentales. Ha surgido de una crisis del espíritu del autor. Fue éste un sincero entusiasta del materialismo dialéctico; después cayó en la duda y vagó sin rumbo por los varios sistemas filosóficos en busca de la verdad. Finalmente, dió «consciente adhesión a las conclusiones fundamen-

tales de la filosofía aristotélico-tomista». De esa experiencia personal ha querido —mejor dicho, ha necesitado— el Dr. Fausto Fernández hacer exposición en estas páginas, que no son, desde luego, una especie de nuevo despliegue panorámico del sistema aristotélico-tomista, sino una explicación de las razones por las cuales el autor acepta el referido sistema.

Per tanto, lo que en este libro cam-

pea no es «la mayor o menor originalidad del pensamiento, sino el hecho de haber vivido plenamente su contenido». Para el Dr. Fausto Fernández «tomar posesión de la verdad es siempre una operación vital y personalísima», y, por eso, «sólo se puede vivir una filosofía cuando ésta es subjetivamente válida». Ya Aristóteles lo había dicho: «Meditar es un avance hacia sí mismo.» Si este ensayo ha salido a luz, es «para pagar honestamente una deuda... con la juventud de El Salvador, parcela de mi patria centroamericana» —dice el Dr. Fernández—. Había él escrito muchas páginas inspiradas en el materialismo histórico que profesaba, y por eso ha creído necesario aclarar su nueva posición con este libro. Libro honrado, valiente y claro. No se abomina en él de los móviles de reivindicación social que el autor sostuvo siempre; por el contrario, en la nueva ideología abrazada entiende el autor que esas reivindicaciones son más logradaderas. «Elementos de verdad había en mi creencia anterior —nos aclara— y, sobre todo, existían en mi antigua posición ideales intrínsecamente válidos, que constituyen un fermento moral digno de ser conservado». Las razones por las cuales el Dr. Fernández se adhiere al tomismo son de índole filosófica. En primer término le parece esa doctrina «La explicación racional más satisfactoria del universo físico y de este otro universo espiritual que es la persona humana». Y concretamente, por razones tan inme-

diatas como éstas: a), «ofrece ancha base para fundamentar sobre ella la política más progresista que cabe imaginar, la del auténtico humanismo»; b), es un saber de salvación; c), «su metafísica es capaz de proporcionar los elementos necesarios para resolver los más importantes problemas filosóficos».

De estas y de otras razones va dando el ensayo explicación en sus páginas. Aunque no esté redactado en forma de respuesta explícita al existencialismo de Sartre y al idealismo de Descartes, no hay duda de que el doctor Fernández los tiene especialmente en su conciencia cuando va rebatiendo, con firmeza de buen razonador, los errores que de esos sistemas extremos se derivan. El mundo moderno se debate ahora en las consecuencias trágicas de su tremendo error inicial o de partida: haber invertido los términos del problema metafísico, pretendiendo deducir el ser del conocer. «La desgracia de la conciencia moderna es carecer de una percepción profunda del ser; de ahí esa ola de angustia que invade las capas intelectuales, resecañoles el corazón y oscureciéndoles la mente.» Por tanto, la última conclusión de este excelente ensayo es: No se gana nada en filosofía, proclamando la vuelta a Kant, porque tal vuelta equivaldría a emprender de nuevo un recorrido por la senda de los viejos errores, sino que «el grito de combate en el campo intelectual es: Volvamos a la filosofía del ser.»—B. MOSTAZA.

MAURICIO CARLAVILLA: *Malenkov*. Editorial NOS, Madrid, 1954: 470 págs.

Lograr plenamente un estudio biográfico, es siempre para el escritor una empresa difícil en cuya realización, limitada la fantasía por la disciplina de los datos documentales y la autenticidad, tiene que ir hilvanando y concretando detalles y episodios, hasta perfilar y fijar la figura del biografiado, atisbando en su vida in-

terior por sus actos conocidos en busca de la exacta personalidad, la mayoría de las veces, bien diferente a la que quedó dibujada ante la Historia.

Pero si generalmente constituye una ardua tarea, las dificultades aumentan cuando como en el caso del actual dictador soviético Malenkov, sus orígenes se pierden en los albores de

la más tremenda y gigantesca revolución de todos los tiempos, y su figura se esconde celosamente desde su incorporación a la vida pública tras el impenetrable «telón de acero» con que los rusos cerraron sus fronteras a la ávida curiosidad del mundo libre.

Por todo ello, el esfuerzo de investigación y el coraje de empresa del escritor Mauricio Carlavilla al ofrecer este libro, constituye un éxito difícilmente justipreciable si no son tenidas en cuenta estas anteriores consideraciones.

En verdad, sólo Carlavilla, como autor especializado en las batallas dialécticas del anticomunismo, podía acometer esta empresa y haberla llevado a término con tan impresionante exactitud y valorizada con el testimonio de tan complejas aportaciones complementarias para trazar la fisonomía de Malenkov y bucear en el pensamiento y en el alma de uno de los hombres que al frente de la subversión universal puede decidir con un simple acto de vesania la destrucción no ya del mundo clásico, sino aun de la misma humanidad, sobre la que pende como una espada apocalíptica la interrogante de las armas atómicas.

Para Mauricio Carlavilla la figura de Malenkov posee una personalidad piscopática atormentada por un patológico «deseo de poder», y es su misma patología la que impulsa sus actos de refinada perversidad, como en el caso de Robespierre, con quien establece un sorprendente paralelismo morfológico y aun biológico que arroja tipos humanos similares. En defensa de esta tesis Carlavilla maneja hábilmente textos de Rank, de Marañón, de Pezard, de Caullery y de otros doctores eminentes, por cuyos caminos llega a las mismas conclusiones en este sentido que el investigador alemán Hans Von Hertig, quien tam-

bién considera al sátrapa comunista como un paranoico por desviación sexual. Interesante teoría, digna de ser tenida en cuenta y observada.

Otra consecuencia importante que se deduce de la lectura de este interesante libro es la de que Malenkov, desde su nombramiento en el año 1930 como miembro de Orghburó de Moscú del que dependen todos los organismos comunistas de la U. R. S. S. y más tarde como miembro de la «Comisión especial de Seguridad» es el espíritu implacable que anima los procesos de todas las «purgas cruentas» hasta escalar así el puesto de secretario del Comité Central, desde donde se constituye en la «eminencia gris» que concibe todos los planes de opresión y poder personal en el interior y de subversión fuera de las fronteras rusas como verdadero inspirador de la revolución mundial comunista cuyas riendas se le caían ya de las manos a un Stalin incapacitado y decrepito, mucho tiempo antes de su misterioso fallecimiento.

Con copiosa documentación y contundentes argumentos, Carlavilla va destruyendo así, página por página, las ingenuas e hipócritas esperanzas de muchos estadistas occidentales que llegaron a creer (o al menos lo fingieron) que con la muerte de Stalin la U. R. S. S. iba a renunciar a sus objetivos de dominación universal... Porque después de la lectura de esta bien lograda biografía es cuando se comprende que es Malenkov precisamente el responsable y el autor de tantas catástrofes sucedidas, y el que desde hace muchos años viene perturbando, desde el Kremlin, la paz del mundo, en espera de una ocasión propicia para saciar la voluptuosa posesión del poder total a que le empuja irresistiblemente su complejo de eunucoide ensoberbecido.—F. de U.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA: *El Madrid de José Bonaparte*. Itinerarios de Madrid. Instituto de Estudios Madrileños, Gráficas Uguina, Madrid, 1953.

En la colección más amena y amable que erudita y rigorista, que viene publicando dentro de su colección Itinerarios de Madrid el Instituto de Estudios Madrileños, nos sale hoy al encuentro un librito —le damos este nombre por su tamaño— de Augusto Martínez Olmedilla, librito que como tantos otros de esta colección —no todos—, corresponde al tono de lo amable y entretenido y no de lo documentado, sino de lo anecdótico, confesión ésta de parte, ya que el autor al iniciar su obra nos dice: «Al describir lo que fué el Madrid de José Bonaparte (Pepe Botella para los buenos españoles) procuraré hacerlo con la mayor amenidad posible, empleando la anécdota como principal medio de expresión. La Historia meramente narrativa es amazotada, pesadota. La anécdota que, según Plutarco es la sal que sazona la Historia, es también la música animadora de su aridez.»

Tras esta confesión, que no es el momento de discriminar, el autor, a través de las cuarenta y dos páginas que forman su librito, va de anécdota a anécdota, y en estilo fácil, ameno y amable nos cuenta algo sobre Napoleón en Chamartín: más bien nos relata la anécdota de la aventura que no llegó a serlo, con una cómica demasiado perfumada. Aventurilla en

ciernes y unas frases harto conocidas dirigidas a su hermano en el Palacio de Oriente.

Luego nos encontramos en la obrita amorios de José, anécdotas en torno a lo galante, y cómo algunos nobles, muy poco a la española, no veían los galanteos en extremo atrevidos del rey hacia sus esposas, o si los veían procuraban no verlos buscando prebendas.

Es, en suma, un librito amable, agradable éste, que acaso nos permita pensar que no es una obra de erudición, que no es, acaso, obra para ser patrocinada por un Instituto de Estudios Madrileños que se integra en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero esto, más que nada porque a final del libro se dice: «Y esto es todo lo que se sabe —por lo menos lo que yo sé— de la permanencia de José I en Madrid y en España.» Esto, la verdad, me parece algo atrevido el decirlo, ya que del rey José en Madrid hay una serie de libros escritos ha largo tiempo; por haber, hasta un libro en torno a los apodos de José existe. Un libro llamado *The Spanish sobriquets of Joseph Bonaparte*.

La obrita es, sin embargo, amable y entretenida, cumpliendo más y mejor que como libro, como conferencia, que es como nació.—]. S.

GREGORIO R. DE YURRE: *Sistemas Sociales*. Volumen I: *El liberalismo*. Editorial del Seminario, Vitoria, 1952; 550 páginas, 4.º

El profesor Rodríguez de Yurre examina en esta obra los distintos aspectos y etapas del liberalismo como sistema social: el liberalismo clásico en sus aspectos de liberalismo filosófico-político, y liberalismo económico, incluido el catolicismo liberal; el liberalismo contemporáneo con su

secuela del neo-liberalismo económico y de la política neo-liberal; dedicando una última parte de la obra al estudio crítico de las ideas filosóficas del liberalismo, del liberalismo político y de la doctrina económica del liberalismo.

Ya se comprende que un objetivo

de tanta ambición como el que queda expuesto sumariamente no puede ser agotado, no ya en un libro, aún de la extensión del presente, pero ni siquiera en una verdadera enciclopedia. Por eso no es de extrañar que en esta obra, más que seguir una orientación analítica, pretenda dar —y lo consigue plenamente— una visión sintética de lo que fué el liberalismo en su versión clásica y de lo que es en sus variantes actuales. Hay que agradecer

al autor el haber conseguido una obra ampliamente informativa sobre estos interesantes temas, cosa no demasiado corriente en libros de esta naturaleza; y, al mismo tiempo, el aportar un sereno estudio crítico acerca del liberalismo en todos sus aspectos.

No es el menor de los méritos de esta obra una cuidada bibliografía que acompaña a cada uno de los temas tratados.—F. R.

ANGEL HERRERA ORIA: *Nadie puede servir a dos señores*. Málaga, 1952: 16 págs., 8.º

Se trata del texto de la discutidísima homilía pronunciada por el obispo de Málaga en la iglesia catedral basilica el 7 de septiembre de 1952, en la que, tomando ocasión del texto del Evangelio del día y de los comentarios a su viaje a Inglaterra, ofrece una serie de sugerencias de carácter social extraordinariamente interesantes. La situación familiar en Inglaterra, la evolución de la política seguida en este punto por la U. R. S. S., el elevado grado de moral social de que en

general se goza fuera de España y la serie de consecuencias prácticas que de todo ello deduce el doctor Herrera, forman el montaje de la homilía. Comentarios a textos pontificios sobre riqueza, miseria y distribución de los bienes comunes ilustran el punto de vista del autor, que como es lógico se cierra con un recuerdo del mandato de Cristo a sus discípulos: «Nadie puede servir a dos señores. No podéis servir a Dios y a las riquezas.»—F. R.

MARÍA ADA BENEDETTO: *Vico in Piemonte*. Accademia delle scienze, Torino, 1952; 230 págs.

Suele presentarse a Vico únicamente en su aspecto de filósofo de la Historia, en pugna con el pensamiento ilustrado de su tiempo y trascendiendo en su obra un cierto aliento teológico no ajeno al espíritu agustiniano ni incluso al platónico: su vigorosa y orgánica concepción de la historia ha dado lugar a obras tan importantes como las de Breisig y Peters y su puesto en el pensamiento y en el panorama espiritual del siglo XVIII no puede ya ser ignorado.

Pero el estudio objeto de esta reseña tiene un fin muy distinto. Dando por supuesto lo anteriormente indi-

cado —así debemos creerlo, dada la especialización en el tema de la autora, que cuenta con otras publicaciones sobre el mismo pensador— se trata de investigar la repercusión del pensamiento de Vico en la primera mitad del siglo pasado y en la región de Italia que ocupó la vanguardia de las fuerzas de fondo nacionalista y romántico que contribuyeron de forma más vigorosa a lograr la unidad del país. Se ofrece, pues, y así lo indica el subtítulo del libro, una contribución a la historiografía filosófica y jurídica del «Risorgimento» tomando como punto principal de referencia

la difusión y la influencia de la obra de Vico.

En los siete capítulos del libro se tiende principalmente a poner de relieve a dos casos: primero, que la recepción de Juan Bautista Vico en el «Risorgimento» determina un robustecimiento de la conciencia nacional a la luz de la tradición, implicando, al mismo tiempo, una tendencia a la renovación moral, intelectual y política de Italia; en segundo lugar, que aquella recepción no sucedió como algo episódico y casual, sino respondiendo a un imperativo de continuidad, anejo a toda creación intelectual fecunda y presente en aquel momento en la vida espiritual del Piamonte. Con estos dos ejes aparece perfectamente delimitado el impacto del pensamiento de Vico y al propio tiempo se hace un detenido análisis de medio siglo de vida intelectual italiana.

Se abre la obra con el estudio de las relaciones del filósofo con los iluministas piamonteses, con la obra de Caluso y de Próspero Balbo y sus resonancias en la obra de José de Maistre que ya Croce había hecho notar. Son de gran interés los capítulos dedicados a los primeros románticos piamonteses y a la difusión de Vico en el veintenio de 1830-1850, a través de Cesare Balbo y de la postura de la crítica católica, y fundamentalmente de César Cantú y Domenico Buffa.

La enciclopedia de Pomba, el pensamiento filosófico piamontés y, so-

bre todo, Rosmini y Gioberti, De Sanctis y la Academia de filosofía italiana son estadios diversos del eco de Vico y forman parte del documentado estudio que nos ocupa.

La influencia de Vico sobre los juristas se ejerce a través de tres canales principales: el más importante es Mancini y su teoría de la nacionalidad, correlato jurídico de la obra de Gioberti, Mamiani y Spaventa en el plano filosófico y de la De Sanctis en el literario. Las concomitancias fundamentales entre Mancini y Vico son evidentes, si bien del libro que se comenta no se deduce de manera alguna una consciente y directa inspiración del primero en el segundo. Otra vida de penetración de Vico en el derecho, señalada por la autora, es la concepción de Vito d'Ondes Reggio del derecho constitucional, inspirada, ésta sí, directamente en aquél, y finalmente la continuación por Emerico Amari de la legislación comparada de Vico.

Estudio erudito y cuidadoso que además de su interés para los especialistas de la cultura italiana, supone para los historiadores del pensamiento en general no sólo una aportación a la bibliografía sobre Vico, sino también un ejemplo de revivificación de una influencia intelectual que sintoniza con todo un clima de espíritu salvando más de tres cuartos de siglo de hostilidad o de ignorancia en torno suyo.—J. I. T.

MANLIO CIARDO: *Filosofia dell'Arte e Filosofia come totalità*. Bari, Gius, Laterza & Figli, 1953; págs. 260.

Las opiniones de Manlio Ciardo están en el orden intelectual decididamente influidas por el pensamiento de Benedetto Croce, y este libro no es una excepción. Partiendo de la síntesis crociana de filosofía e historia, estudia diversos momentos de la evolución de las ideas estéticas para justificar y explicar el puesto de lo

intuitivo dentro de la generalidad del sistema filosófico de Croce. En un párrafo del prefacio ha expuesto, con claridad desusada en este autor, cuál es su punto de vista. «Dialéctica —dice—, significa la unidad en acto de lo universal y de lo individual, pero tal verdad significa la imposibilidad de captar esta unidad, en acto o uni-

dad viviente, sin la admisión de un predicando fundamental del espíritu, es decir, la intuitividad.» En torno a a estas palabras gira la totalidad del libro. Lo intuitivo es un elemento imprescindible para la comprensión de la dialéctica entendida como actualidad de la unidad total. Ahora bien, como según ya hemos dicho, sigue el criterio crociano, realiza su investigación con un criterio histórico desde Schiller hasta Croce, pasando por Fichte Schelling, Hegel y de Sanctis, a quien considera como la mediación

estética entre el idealismo kantiano y el historicismo crociano.

En general hay que objetar a este libro una excesiva veloración de lo italiano, ya que las etapas del pensamiento acerca de la estética que ha elegido, no son caprichosas, sino que el autor las integra en su esquema filosófico general y, por otra parte, se echan de menos otros nombres europeos que parecen imprescindibles, aparte de la, a nuestro juicio, excesiva valoración del pensamiento de Vico.—E. T. G.

ARMANDO CARLINI: *Il problema di Cartesio*. Bari, Gius, Laterza & Figli, 1948; 194 págs.

Armando Carlini, excelente conocedor de Descartes, nos da en este libro tanto una visión sintética de la crítica reciente sobre el filósofo francés, como una personal interpretación de la filosofía cartesiana. En principio, y después completa la información en un apéndice, recorre los últimos libros publicados sobre Descartes para fundamentar lo que llama el «misterio cartesiano». En efecto, desde principios del siglo pasado las interpretaciones sobre la filosofía de Descartes siguen dos caminos: uno el del positivismo, y el filósofo aparece como el fundador de los supuestos sobre los cuales inexorablemente el positivismo tendría que construirse. Otro camino es el del idealismo. Desde este punto de vista Descartes aparece como el primero que plantea, con un sentido moderno, la dificultad gnoseológica y, por consiguiente, quien abre las puertas para posteriores críticas que han de conducir a la crítica kantiana. No hay que olvidar la peculiar posición

de Jaspers, que arrastrado por las especiales condiciones de su mentalidad ve en Descartes un gran misterio, como si el filósofo hubiera tenido interés en ocultar y disfrazarnos un pensamiento más profundo.

La interpretación de Carlini realizada a través de un minucioso trabajo de exégesis, da por resultado una solución intermedia. De la investigación aparece un Descartes que quiere poner en armonía la razón y el mundo, la ciencia y la existencia, y que desea que esta armonía esté presidida por los principios de la religión católica.

Quizá este libro, que es, sin duda ninguna, libro meritorio dentro de la extensa bibliografía cartesiana, peca de demasiado «cartesianismo». Carlini, afirma, por ejemplo, que la crítica de la razón pura no es nada más que una revisión crítica de los principios que Descartes postula en las *Meditaciones*. El mismo empeño de profundizar y atenerse a una línea temática concreta disculpa la exagerada visión lineal del tema.—E. T. G.

MANLIO CIARDO: *Le quattro epoche dello storicismo*. Bari, Gius, Laterza & Figli, 1947; 412 págs.

«El problema de la intelección, crítica de aquello que tiene de verdaderamente nuevo y original la filosofía de Benedetto Croce, me ha llevado espontáneamente a una revisión genérica de la historia de la síntesis *a priori*. Este es el origen íntimo del presente libro que espera ser un esclarecimiento histórico-crítico, justo y oportuno de la especulación grociana, que como es notorio con el nuevo concepto de la síntesis *a priori* de la experiencia histórica o lo que es lo mismo, con la identidad de historia y filosofía, ha realizado una segunda revolución copernicana dentro de la categorialidad sintético-histórica iniciada por Vico y Kant.» Estas palabras del autor resumen el libro. Según Manlio Ciardo, Vico funda, aunque de un modo intuitivo, la idea del espíritu, tanto como síntesis o productividad, tanto como historicidad e implícita dialecticidad. Tiene el mérito de haber intuido la inevitable dirección historicista y humanística de la categorialidad sintética y de haber pre-delineado el proceso. Kant, por su

parte, construye la idea crítica de la categorialidad sintética, es decir, de la necesaria relación de implicación entre el espíritu, como síntesis y creación y el espíritu como intrínseca capacidad de autodistinción. Hegel continúa y perfecciona la idea de la síntesis *a priori* como inserción aún más íntima y profunda del proceso autoconsciente en el proceso autoproducente, y viceversa, y Croce, por su parte, significa la mediación crítica entre la síntesis como distinción, es decir, Kant y la síntesis como oposición, o sea, Hegel.

He respetado la peculiar terminología del autor para que el lector se percate de la excesiva e innecesaria cargazón de conceptualismo retórico que existe en este libro, cuyo mérito, que por otra parte no nos parece grande, radica en el estudio histórico de los distintos autores, estudio que se oscurece por el afán de aplicar apriorísticamente esquemas obtenidos de la filosofía de Benedetto Croce.—E. T. G.

CORNELIO FABRO: *Tra Kierkegaard e Marx*. Vallecchi Editore. Firenze, 1952; 238 págs.

Hay una relación no sólo histórica, sino intelectual y, en términos generales, espiritual entre Kierkegaard y Marx y las consecuencias ideológicas que se han derivado del pensamiento de entrambos. Aunque en principio hay una estructura divergente entre la dialéctica de Kierkegaard y la de Marx, hay, sin embargo, ciertas semejanzas profundas. El autor del libro que presentamos no ha visto o ha preferido olvidar tales semejanzas, y parece que tiende de modo continuo a oponer el marxismo y el existencialismo en cuanto uno apela pre-

ferentemente a la actitud personal y el otro a la colectiva. No obstante, entrambos supuestos, marxistas y existencialistas, se rechazan con un criterio cristiano. El libro, que es un resumen no sistemático de las ideas que sobre estos temas circulan, resulta en extremo convencional y tópico. El lector acaba por pensar si la insistencia en lo ya conocido, reiterando incluso los matices, aunque la estructura y los puntos de vista generales cambien, no servirá más para confundir que para aclarar, y en qué medida no sea nuestra época una de las

más cargadas de libros innecesarios. La divulgación de la cultura y la asequibilidad de los medios técnicos para componer un libro desde lo im-

personal y generalizado, produce un pseudo pensar que es patrimonio común de la mayoría de los occidentales de hoy.—E. T. G.

GEORGES LE BRUN KERIS: *Mort des colonies?* Colección «Le Poids du jour», Le Centurión, París.

Se habla mucho ahora de dar cabo al colonialismo. El problema —se nos dice en este libro— es más complejo de lo que quieren hacernos creer los voceros de una y otra tendencia. Con tanta más agudeza se plantea la cuestión, cuanto más apasionadas son las polémicas entabladas, en torno a acontecimientos recientes. En realidad, los polemistas sólo han puesto de relieve su ignorancia en la materia. El autor de este libro pretende poner un poco de claridad en la confusión. Como francés, trata de establecer la responsabilidad de su país y la doctrina tradicional de la colonización. Expone, en la primera parte, los hechos o datos del problema colonial, a saber: colonialismo como sistema de transición hacia la independencia o hacia la incorporación del país colonizado; estallido del nacionalismo indígena; anticolonialismo centrado en la O. N. U.

La solución a esta efervescente inquietud de las colonias la ve el autor en la asociación entre la metrópoli y los países de ultramar.

En la segunda parte analiza el autor las soluciones que Francia a ido dando a sus problemas coloniales y la suerte que esas soluciones han corrido. Pasa después revista a las soluciones extranjeras sobre el caso: el Commonwealth, las experiencias portuguesa y belga, la experiencia soviética.

Concluye afirmando que la colonización es una tarea que se impone como un sagrado deber a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad. Muy en particular se ocupa el autor de los acontecimientos de Indochina, de Túnez, de Marruecos, y se esfuerza en descubrir sus raíces más profundas.—B. MOSTAZA.

ROBERT GABOR: *Organization and Strategy of the Hungarian Workers (Communist Party)*. The N. C. for a F. E., Nueva York, octubre de 1952, segunda edición; III+81 págs. de gran formato.

En el prefacio de la presente publicación se nos advierte que este estudio es la primera descripción completa de la organización y funcionamiento del Partido comunista de Hungría. De ahí el notable significado del trabajo de Gabor. Frecuentemente el interesado, con conciencia por las cuestiones del telón de acero, deplora la escasez de textos documentales enderezados al examen de las cuestiones del comunismo.

Ahora bien, vaya por delante esta anotación: *tal estudio no está movi-*

do por motivos de propaganda; es un análisis fundamentado del establecimiento del Partido y de los métodos tácticos y estratégicos usados por el comunismo en el espacio magiar en el período postbélico. Todavía más: se historia de modo singular el tiempo comprendido entre 1948 y junio de 1952. Y, en tal sentido, este trabajo encierra no poco valor para el estudio de las cuestiones políticas. Pues bien, la obra se divide en siete capítulos, en los que se enfoca con detalle el entramado del comunismo

húngaro. El capítulo primero se refiere a la fundación del Partido de los trabajadores (es decir, el Partido Comunista). El capítulo segundo recoge los aspectos de la liquidación y purgas en la urdimbre del Partido, en tres fases: liquidación de los españoles —los húngaros que habían peleado al lado de los «rojos» en la guerra española— y de los occidentales; supresión de los colaboradores con el comunismo, y liquidación del grupo de los que nunca estuvieron en Rusia, los comunistas autóctonos. El capítulo tercero trata del edificio del Partido: admisión de miembros, cosmopolitismo, disciplina interna, etcétera, etc. La organización de masas —Sindicatos, Juventudes, Ligas femeninas, organizaciones pre y para militares— se resaltan en el capítulo cuarto. A la prensa del Partido se dedica el apartado quinto. La parte sexta da pormenores sobre el adoctrinamiento político —por la radio, a los empleados industriales, adoctrinamiento universitario—. El séptimo capítulo analiza el conglomerado del Partido y del Estado: Asamblea Nacional, Presídium, Consejo de Ministros, Frente Popular, Consejos Locales, Consejo Económico Popular, Oficina de Planeamiento, Centro Estatal de Control, Oficina Central de Estadística, Autoridad de Defensa, Oficina para los Asuntos Eclesiásticos, Banco Nacional Húngaro, Academia Húngara de Ciencias e Instituciones conexas. Un apéndice incluye detalles sobre los miembros de los órganos estatales.

Ahora bien: los juicios de Gabor nos ponen en contacto con claras trascendencias. Por ejemplo: estimase el número de miembros del Partido en unos 880.000 —699.688 miembros regulares y 162.426 candidatos—. Además, conviene tener en cuenta algunas facetas de esta situación. Atendiendo al nivel social actual, un 40 por 100 del conjunto de miembros del P. C. vive en Budapest. Asimismo, debe mencionarse que un 51,9 por 100 del elemento comunista pertenece a la clase obrera, un 21,1 por

100 descende de trabajadores agrícolas y un 2,4 por 100 es intelectual. Si nos atenemos a la ocupación original, los trabajadores, industriales y campesinos, suman un 72,3 por 100, y los intelectuales, un 4 por 100. En suma, fácil es ver que más de 100.000 miembros de la clase obrera y de origen agricultor están, en el presente, encuadrados en la administración gubernamental. No obstante, ha de saberse que los dirigentes comunistas enfocan su actividad sobre las edades comprendidas entre los catorce y los veinticuatro años. (No hay sino recordar una resolución adoptada por el Comité político del P. C. en marzo de 1952.)

Claro es que algunos extremos explotados en esta publicación exigen una puesta al día. El «new course», en vigencia en los espacios satelitizados, aporta modificaciones en los agregados comunistas. Y, en el caso concreto de Hungría, cabe citar los nuevos Estatutos del P. C., publicados en *Szabad Nep*, de Budapest, del 14 de marzo.

En rigor, diremos que son bastantes los libros editados en inglés vinculados a temas del comunismo. Tal actitud es loable. Urge tener conocimiento ágil de lo que implican las estructuras soviéticas. En realidad, la cosa está clara. Lenin lo decía abiertamente en 1924: «La democracia bajo el capitalismo es la democracia capitalista, la democracia de la minoría explotadora, basada en la restricción de los derechos de la mayoría explotada y dirigida contra esta mayoría... Bajo la dictadura del proletariado, la democracia es una democracia proletaria, la democracia de la minoría explotadora y dirigida contra esta minoría». Años después, el *Szabad Nep*, de 26 de mayo de 1946, escribía: «La democracia es, generalmente —y en Hungría es especialmente—, el gobierno de la mayoría democrática, y no el mando de la mayoría; esto es: de cualquier clase de mayoría en general». Y, como señala

Gabor, el término «mayoría democrática» significa, ante todo, los comunistas, y en segundo lugar, sus colaboradores.

A comprender lo que esto supone en la vida de un pueblo ayudará, sin disputa, el estudio que recensamos.—LEANDRO RUBIO GARCÍA.

FREDERIC A. OGG y HAROLD ZINK: *Modern Foreign Governments*. Edición revisada, Macmillan, Nueva York, 1953; xi-1005 págs.

El presente libro fué editado por primera vez en 1949 y ya entonces era sucesor de «European Governments and Politics». Se trata, pues, de una obra con una difusión y una lectura, en los Estados Unidos sobre todo, bastante amplia, y de un merecido prestigio que la sitúa entre los libros que cualquier estudioso del Derecho constitucional debe conocer.

Pero no nos encontramos ante una obra estrictamente de Derecho constitucional comparado, para la enseñanza del cual fué al parecer escrita. Verdad es que la real situación del derecho público del presente haría infructuoso de antemano cualquier intento de enfrentarse con él con criterios rigurosamente jurídico-formales y que es preciso ampliar y profundizar la mirada para abarcar con ella no sólo el aparato constitucional, sino también las circunstancias políticas de hecho en que éste se desenvuelve. Casi toda la literatura juspublicista norteamericana ha tomado acertadamente ese punto de partida: constituciones «at work», influencia auténtica de los partidos o de diferentes órganos constitucionales en la vida política, etc., son los objetivos más ordinariamente codiciados en la enseñanza y en la obra escrita. En esa misma línea se mueve el libro objeto de esta reseña y en ella radican sus virtudes y también las ligeras objeciones que, partiendo de sus mismos supuestos, pudieran formularsele.

Nueve países, nueve regímenes políticos y ordenamientos constitucionales son objeto de estudio en el libro. Cada uno contemplado en su evolución histórica, analizado en sus integrantes políticos y de gobierno, y

en muchas ocasiones contrastado y comparado «with pertinent features» de los Estados Unidos, como en el mismo prefacio se advierte. La política y el régimen inglés ocupan 378 páginas, algo más de un tercio de la totalidad del libro, y puede considerarse sin duda lo más logrado del mismo. Y esto por las obvias razones de proximidad y afinidad entre los dos países anglosajones, a las que se añade aquí una cierta frialdad objetiva en el análisis de los últimos fundamentos de determinadas particularidades de la constitución inglesa que sería difícil encontrar en un tratadista inglés, por ejemplo, entre otras razones, de mayor entidad de la supervivencia de la institución real de la que ésta no le sale muy cara al país considerando «the returns of the investment»: sólo una pequeña fracción de un 1 por 100 del presupuesto total británico (pág. 65). El último capítulo de esta primera parte dedicado al Canadá, como ejemplo de un país de la Commonwealth, completa la perspectiva del derecho público y la política británicas.

La segunda parte, «Governments of Western and Central Continental Europe», se ocupa de Francia (158 páginas), Alemania (124 págs.) y Noruega y Suecia (30 págs.). Excelente y sintético estudio el de la evolución constitucional francesa y su situación actual, comprendiendo su organización departamental y local y el régimen administrativo. Al llegar a Alemania el completo examen que se ofrece presenta un aspecto completamente diferente. El esfuerzo por exponer las particularidades del régimen nacional-socialista concretamente, con

la adopción de una actitud política previa frente a él, determina el que se descienda a una serie de detalles y de particularidades personales y anecdóticas, que convierten lo que podría ser un examen objetivo de la experiencia totalitaria prebélica en una especie de galería de personajes célebres o en un reportaje de la vida de Adolfo Hitler. El motivo de esta desviación del carácter general del libro se debe posiblemente a no haber tomado de lo totalitario lo de mayor interés constitucional, es decir, lo fascista en vez del nacional-socialismo alemán, menos original por una parte, y, por otra, mucho más traído y llevado por las propagandas de la guerra y la postguerra.

El régimen de la Unión Soviética comprende la tercera parte de la obra, «Government in Eastern Europe» (páginas 793-924) y a pesar de las grandes dificultades que su estudio comporta y que el propio autor advierte: respecto información adecuada, auten-

tidad de fechas y, sobre todo, el amplio hiato entre teoría y práctica, se ofrece un completo cuadro institucional que comprende lo más relevante de la vida soviética y no sólo de su gobierno, sino también del partido y de la organización económica; acierto positivo que hace aún más flagrante lo más arriba señalado sobre el fenecido régimen alemán.

«Latin American and Far Eastern Governments», es decir, dos ejemplos de los mismos, Argentina y Japón, constituyen la cuarta y última parte del libro, que ofrece de esta manera un complemento a lo hasta entonces estudiado con el examen de una vieja estructura imperial democratizada en parte y el cuadro de un país joven en crecimiento y que ensaya una realidad de sustancia autoritaria bajo estructuras formalmente democráticas.

Un excelente índice de nombres y materias completa la utilidad de esta nueva edición del libro reseñado.—
J. I. TENA.

RAPHAEL PATAI: *Israel between East and West*. The Jewish Publication Society of America. Filadelfia, 1953; 362 págs.

En este libro se nos presenta a Israel no como un cáncer del lado de los países árabes, ni como brillante ejemplo de democracia occidental trasplantada al Oriente Medio, sino como una nación joven que tiene que enfrentarse con multitud de problemas internos, especialmente los derivados de la inmigración de judíos orientales en Palestina a partir de mediados de 1948. Aparte de estos problemas de tipo material creados por esta inesperada afluencia de judíos, ha surgido un conflicto cultural entre judíos sefarditas y orientales, de un lado, y el grupo askenazi o judíos europeos del otro.

En 1952 un 50 por 100 de la población de Israel era de origen no europeo y un 40 por 100 judíos de Oriente y sefarditas. Pronto estos grupos estarán en mayoría y con la igualdad

de derechos garantizada por la ley. Los judíos askenazis no sienten el menor deseo de convertirse en grupo minoritario, y en su actitud hacia los orientales adoptan una postura un poco colonial. La mayoría de inmigrantes del grupo askenazi proceden de la clase media y de las profesiones libres, siendo su adaptación a las necesidades agrícolas sumamente difícil. El grupo de judíos orientales estaba constituido por artesanos, comerciantes y músicos, en su inmensa mayoría. Como es natural, cada uno de ellos quería continuar con el ejercicio de su propia profesión, y el tener que dedicarse a otra distinta, para la que no estaba capacitado, es lo que ha originado el conflicto en cuestión. Israel se halla superpoblado y la pugna entre los grupos orientales sefardíes y askenazis, se mantiene viva.

Los judíos europeos siguen apegados a sus tradiciones y costumbres, utilizando la lengua de aquellos países en que han vivido, lo que molesta extraordinariamente a sus enemigos los orientales. Los judíos occidentales consideran a sus hermanos del Oriente y África del Norte como gente poco trabajadora y descuidada. En tanto los judíos occidentales se enfrentan con problemas de tipo social y económico, derivados de la readaptación a una nueva forma de vida, los orientales sufren las consecuencias de una profunda crisis cultural, planteándose el problema de la síntesis o de la absorción cultural, magníficamente descrito por el autor en su obra.

En el aspecto filosófico, el doctor Patai compara las culturas occidental y oriental, habiendo logrado Occidente sensibles progresos en el camino

de la técnica, si bien a costa de la estética. En cuanto al futuro, el autor se muestra optimista y cree en la integración de los grupos actualmente en discordia. Piensa que los esfuerzos y realizaciones del Parlamento, el sistema de educación obligatoria, el servicio militar para ambos sexos y la obra llevada a cabo por la Federación Judía del Trabajo, servirán para llegar a la tan deseada síntesis cultural. Sin embargo, no se muestra tan optimista al enjuiciar la situación actual del pueblo de Israel, nación cuya población aumenta sin cesar, y donde los problemas que origina la alimentación, la vivienda y el sostenimiento de sus habitantes son cada vez mayores y más complejos. Un libro interesante para el mejor conocimiento del Estado de Israel y de los problemas con que éste se enfrenta a la hora actual.—J. M. L.

J. C. HUREWITZ: *Middle East Dilemmas; the Background of United States Policy*. Harper & Brothers, New York, 1953; 273 págs.

Profesor de relaciones internacionales en la Universidad de Columbia, el Sr. Hurewitz es uno de los mejores especialistas del cercano Oriente moderno. Autor de diversas obras, entre ellas la titulada *The Struggle for Palestine*, libro fundamental para el conocimiento del problema de Palestina, el profesor Hurewitz nos proporciona en la obra que ahora comentamos un magnífico estudio sobre todos los problemas que afectan al Oriente Medio en nuestros días: Iran, Egipto, la crisis árabe-israelí, Turquía, la ayuda económica y técnica. Obra de carácter objetivo, si bien en función de la política americana, de suerte que el libro en cuestión, aparte de sus cualidades de claridad y precisión, constituye para el lector europeo un documento particularmente instructivo.

No se trata de una apología sistemática de la política oriental de los Estados Unidos, pues ya en la pri-

mera página nos dice que la política americana en el Medio Oriente no ha plasmado aún en sólidas realizaciones, siendo su deseo el de esbozar, con el mayor rigor científico, las razones por las cuales dicha política americana se ha visto obligada a interesarse por esta región, haciendo un somero estudio de sus esfuerzos, sus éxitos y sus errores. Hasta la segunda guerra mundial los Estados Unidos apenas se interesaron por los problemas del Oriente Medio, considerándolo como esfera de influencia británica, desde el doble punto de vista político y estratégico. Al término de la contienda, la liquidación del antiguo sistema imperial británico ha obligado al Gobierno norteamericano, deseoso de evitar el expansionismo soviético, a abandonar su política anterior de interés sin responsabilidad, sustituyendo así al imperio británico, cuya decadencia se acentuaba por momentos. Se trata de una especie de relevo, un poco for-

zado y no exento de fricción, puesto que ambas potencias no han podido ponerse de acuerdo, y a la hora actual la armonía entre ellas dista mucho de haberse logrado. Buena prueba de ello nos la dan los numerosos incidentes habidos en dicha zona. Un día es en el Cairo donde los oficiales y funcionarios ingleses despliegan una constante actividad a fin de convencer a los egipcios que los Estados Unidos favorecen el sionismo, favoreciendo el desarrollo de un sentimiento antiamericano al objeto de ganarse la amistad árabe. Durante la guerra, las protestas del Departamento de Estado contra las actividades del ministro británico en Djeddah para quebrantar la posición americana entre los países árabes, fueron combatidas por quejas análogas del Foreign Office contra el ministro americano.

Por encima de estos incidentes de poca monta, el autor señala una dificultad de estructura debida a la sutileza de la política oriental de la Gran Bretaña y que habría de complicar el relevo imaginado más metódicamente por los Estados Unidos. Los británicos habían celebrado acuerdos permanentes de tipo militar, sobre la base de derechos temporales en Irak, Jordania y Egipto, o privisionales como en el Sudán. Posteriormente los americanos pudieron comprobar que los acuerdos defensivos llevados a cabo por los británicos en posiciones clave tales como Egipto, Sudán, Irak y Jordania, lo eran sobre la base de derechos no transmisibles jurídicamente; mas aunque no hubiera existido esta dificultad jurídica, la angloamericana, según el antiguo sistema imperial, hubiera sido políticamente indeseable en razón de la excitación nacionalista y de las tradiciones americanas.

La sustitución de los ingleses por los americanos, difícil en los países árabes, especialmente a partir del clima creado por el problema de Palestina, iba a realizarse sin ningún tropiezo en Turquía, donde la Gran Bre-

taña ni poseía concesiones de tipo económico ni gozaba de ningún derecho preferencial, ni político ni militar. A medida que los americanos, obligados por circunstancias de carácter estratégico, se inmiscuían en los asuntos del Medio Oriente, corrían el riesgo de las contradicciones íntimas, implicadas por la extrema complejidad de los problemas orientales. Al término de la primera guerra mundial, los ingleses, que habían hecho muchas promesas, procuraron solucionar del mejor modo posible los conflictos que se les presentaron. Al acabar la segunda guerra, los americanos se vieron ante problemas tales como el de Palestina, en el que, a pesar de sus buenas intenciones, no podían satisfacer los deseos de árabes y judíos al mismo tiempo.

En la perspectiva de este examen de conciencia, las cuestiones sociales se vinculan íntimamente a las condiciones políticas y a las necesidades de seguridad, siendo el problema principal encontrar un sistema que una a los Estados árabes y a Occidente y que sea suficiente para proteger la región contra un posible ataque de los rusos. El programa de seguridad mutua no ha conseguido solucionar tal problema. La reforma social y económica es imprescindible, y tanto la propaganda soviética como el punto 4 y los esfuerzos de asistencia técnica realizados por las Naciones Unidas y por la Gran Bretaña, han contribuido a hacer contagiosa la revolución por decreto, sobre todo en la zona vulnerable del Oriente Medio. Ello ha creado nuevos problemas, a saber: ¿Es posible controlar el proceso de revolución social una vez puesto en marcha? Si los Estados Unidos intentan hacerlo, ¿no constituiría éste una ingerencia en los asuntos privativos de los pueblos del Oriente Medio?

El Sr. Hurewitz es franco en sus juicios: los esfuerzos de los Estados Unidos en el Oriente Medio no han dado, hasta la fecha, los resultados apetecidos, y para hacer frente al

problema se plantean dos soluciones: o abandonar los objetivos americanos en Oriente Medio, calculando muy bien las consecuencias estratégicas de tal decisión, o emplearse más a fon-

do estudiando con más cuidado las necesidades y tradiciones de los pueblos del Oriente Medio, que hasta el presente han estado un poco al margen.—J. M. L.

W. H. LEWIS: *The Splendid Century. Some aspects of French Life in the reign of Louis XIV.* Eyre & Spottiswoode, London, 1953; 320 págs.

Lo que W. H. Lewis se ha propuesto dar a conocer al público de lengua inglesa no es ciertamente todo el «Grand Siècle», sino solamente «ciertos aspectos de la vida francesa en la época de Luis XIV». No se encontrará, pues, en su obra nada acerca de la política exterior del Rey Sol (aunque un importante capítulo esté dedicado al Ejército), ni tampoco sobre el gobierno y la administración de Colbert, que el autor menciona tan sólo en su prólogo, como un precursor de las economías «totalitarias de nuestro tiempo». Y si bien el mundo de las Letras está presentado en un breve cuadro, las Artes y las grandes construcciones monumentales del gran rey no aparecen en modo alguno. Por el contrario, hay un capítulo entero dedicado a las «galeras» y al sistema penitenciario de recluta de los remeros de la Marina Real. Otro va dedicado a los grandes viajeros de aquel tiempo: el caballero de d'Arvieux, L'Abbé de Choisy, Robert Challes. ¿Fue realmente el gusto de los viajes una rasgo característico del tiempo de Luis XIV?

Sin duda que el autor justifica la selección que hace y las lagunas que resultan, arguyendo que un estudio exhaustivo del reinado sobrepasaría los límites de su intento e indicando que se ha constreñido a los aspectos que más particularmente le interesaban. Pero es un poco paradójico que haya descuidado precisamente los aspectos del reinado de Luis XIV —éxitos diplomáticos, gloria militar, esplendor artístico y actividad económica— que han valido al siglo de

Luis XIV aquel calificativo de «Grand Siècle», que da título a la obra de mister Lewis.

La documentación histórica en que se apoya la obra sugiere otra observación. Un libro de este género, destinado al gran público, puede prescindir del aparato bibliográfico y crítico. Pero ya que el autor ha hecho seguir a cada capítulo de una bibliografía sumaria, fuerza es comprobar que en ella no se distingue entre las fuentes contemporáneas y los trabajos posteriores, y que en esta última categoría el autor se ha contentado con algunos títulos, ya antiguos, y que no parece estar muy al corriente de los trabajos recientes de los historiadores franceses.

Hechas estas reservas, conviene ahora anotar los méritos del libro de mister Lewis. No se ha contentado, como otros muchos que han escrito sobre el gran Rey, con rehacer el cuadro, tantas veces reproducido, de la vida en la Corte del Palacio de Versalles (insiste, incluso, sobre el hecho de que aquella vida artificial no puede ser considerada como realmente representativa de la época). Ha buscado dar a sus lecturas una idea exacta de las condiciones de la vida de diferentes grupos sociales, tanto en el campo como en las ciudades. Ha mostrado, por ejemplo, las consecuencias que producen desde el punto de vista económico y social, el mal sistema de reparto de los impuestos y traza un panorama muy claro y preciso de la organización principal. Los problemas religiosos, que tienen tanta importancia en la hiso-

ria del reinado, están sumariamente expuestos y más que al jansenismo o al gran conflicto entre el Rey de Francia y el Papa —tan curioso, no obstante, para estudiar en él el comportamiento del pueblo francés—, se ha interesado en la querrela del quietismo y en la ondulante personalidad de Fenelón. Con el mismo arzobispo de Cambrai, nos volvemos a encontrar, en el capítulo dedicado a la educación femenina, pareciéndole al autor que el *Tratado sobre la Educación de las doncellas* trae una revolución a las teorías pedagógicas de aquel tiempo.

Si añadimos a lo dicho que un ca-

pítulo especial se consagra «al mundo médico» —dominado por la curiosa figura de Guy Patin, ferviente defensor de la doctrina de Hipócrates contra todos los innovadores, y entre otros Teofraste Renaudot, el creador de la primera *Gaceta* francesa—, se tendrá una idea de la riqueza y al mismo tiempo del carácter un poco coherente de la obra de W. H. Lewis. Indiquemos finalmente que, como la mayor parte de las obras que salen de las prensas inglesas, ésta se beneficia con una presentación excelente y unas magníficas ilustraciones, felizmente escogidas entre los grabados de la época.—M. DEFURNEAUX.

RUDOLF WILDENMANN: *Partei und fraktion* Westkulturverlag Anton Hain. Volumen II, 1954; 210 págs.

La asociación para el estudio de la ciencia política, publica una serie de monografías bajo el título general de «partidos, fracciones y formas de gobierno». El segundo volumen de la serie se dedica a la relación entre los partidos y las fracciones, es decir, en el fondo al estudio de las relaciones entre los distintos grupos políticos con representación pública dentro de un régimen liberal. Ya se comprende que el tema es de suyo complejísimo y que sólo puede estudiarse con profundidad localizándolo. Un estudio meramente abstracto, apenas tiene resultados fructíferos en esta clase de investigaciones, que exigen, por las propias características de la materia, una investigación empírica en que los elementos formales ocupan un lugar secundario. La presente monografía incluye exclusivamente las fracciones y los partidos alemanes, desde el fin de la última guerra mundial. En cuatro capítulos se analizan los programas y la organización del SPD del CDU del

FPD y del BHE (1). El estudio se monta desde una bibliografía minuciosa en la que apenas se echa de menos ningún material genéricamente importante, ya que entran libros, estadísticas, artículos de periódicos, revistas, etcétera. Se trata, en resumen, de un libro imprescindible, tanto en el orden teórico como en el orden práctico, para el estudio de la situación actual, el sistema, la organización y las peculiaridades de los partidos y de las fracciones políticas en Alemania. Desde un punto de vista exclusivamente teórico el libro quedará como material inexcusable para el análisis de una determinada situación de la historia política alemana.—E. T. G.

(1) SPD: Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands.

CDU: Die Christlich-Demokratische Union.

FDP: Die Freie Demokratische Partei.

BHE: Gesamtdeutscher Block.

JÜRIG JOHANNESON: *Beruf und Privatleben im Industriebetrieb*. Meisenheim am Glan, A. Hain Weskulturverlag, 1953: 167 págs.

He aquí un estudio interesante sobre la vida privada de los trabajadores y su vida en la empresa, estudio eminentemente sociológico y no de política social, y razón tiene su autor cuando lo califica de estudio antropológico sobre la técnica para dar forma y sentido a la vida en el aspecto privado y en el profesional.

El libro tiene una introducción y una conclusión, dividiendo la materia en dos partes: la profesión y la vida privada, dedicando a ambas dos y cinco capítulos en numeración continuada.

El libro que comentamos, a pesar de su título, no roza ni se preocupa por problemas de psicorecencia ni de racionalización del trabajo. La profesión no es estudiada, ni en su fase primaria la educación o formación profesional del joven, ni en sus momentos finales, el descanso y la jubilación del anciano. También hay que tener en cuenta que la actividad profesional no agota la profesión, aunque sea uno de sus elementos principales. La profesión puede ser escudriñada bajo un prisma objetivo: la cultura, o subjetivo, la vida del individuo. Para la primera son importantes el Estado, el derecho, la religión, la economía; para la segunda deciden la vida personal del individuo, abrazando la familia, la vida privada, las llamadas ocupaciones periféricas, las amistades, parentesco, vecindad, etc. La profesión es una parte y una forma de la vida, así como también la vida privada es una parte y una forma de la vida. No pueden pensarse como un todo en sí la vida profesional y la privada, sino que se penetran en forma tal que en la vida profesional siempre se sentirá uno con una personalidad privada, y en nuestro hacer privado siempre tendremos alguna relación con la profesión que desempeñamos.

El hombre puede competir, puede luchar con personas y también con grupos, así como también puede ejercer un poder sobre los grupos o sobre las personas. Partiendo de esta diferenciación, el autor emprende su investigación: la vida profesional es una competición entre grupos y la vida privada es una competición entre personas.

No se puede descubrir una voluntad totalizadora en torno a la empresa en los trabajadores, o al menos pocos estarían en estas condiciones. De aquí que la vida propia de la empresa, en lo que se refiere a las profesiones, haya que estimarla herméticamente cerrada dentro de cada sección de la misma.

La personalidad individual en las relaciones fenomenales de la empresa aparecen siempre ligadas a un grupo circundante. En general, en la empresa no se dan fenómenos objetivos que lleguen a ser obligatorios para todos los miembros de la empresa. Específicamente tampoco existen fenómenos individuales puros en la empresa.

La distinción antigua entre vida privada y profesional no puede tener hoy vigencia. Vida privada, en su más amplio sentido podía tener el empresario, el noble, el burgués pudiente, porque tenía a otros que trabajasen por él y poder así formar su vida. El trabajador, el proletario en su más amplio sentido, vegetaba en su profesión, sin tener tiempo, fuerza, ni sentido para organizar su vida privada. Únicamente las formas de vida artesana reunían o refundían la vida privada y la profesional. Hoy el empresario es el primero en preocuparse por la vida privada de sus miembros observando sus fuerzas humanas, despertándolas y cuidándolas.

Los fenómenos de la empresa industrial moderna nos muestran que

ésta no es ni un fin ni una comunidad de trabajo que funcione sobre la base de la coincidencia de voluntades de sus miembros, sino que significa una producto social, estructurado orgánicamente, que no obstante la heterogeneidad de sus fuerzas, lleva una vida productiva. Esta heterogeneidad tiene su razón de ser en que los miembros de la empresa llevan junto a una vida profesional una vida también de carácter privado.

Johannesson ha escrito un interesante estudio de sociología industrial de gran utilidad, tanto para el sociólogo como para el que se ocupa de problemas de política social, ya que para éste sus estudios son base y punto de partida para hacer una política social con un fundamento sociológico, que será siempre cimiento firme para una segura andadura en el campo de la investigación que aporte soluciones más sólidas a los problemas del trabajo.

El autor trata en esquema los siguientes problemas: La fenomenología de la empresa. La psicología de las masas en la empresa, y sus relaciones con la psicología individual. El

concepto psicológico de la masa sobre la personalidad. (La empresa ha de ser entendida como el taller, la explotación, la fábrica, es decir, nunca aparece usado el término *Urternehmen*, sino *Betrieb*.)

En la segunda parte del libro diferencia la vida privada de la profesional, entendiendo aquella como un contramovimiento de ésta. Estudia la polaridad psicológica-social entre el ensanchamiento de los grupos y su concentración. Considera cuatro tipos sociales en la profesión: el que se comporta siempre como profesional, el que actúa con su privada personalidad, un tipo que llama de protección y el que se comporta correctamente.

Finaliza el estudio de Johannesson con un breve esquema de antropología de la profesión, y unas consideraciones sobre la profesión en la competencia con otros poderes sociales, refiriéndose a la masificación del trabajador de las fábricas y al fenómeno de la atomización de los planes de vida del trabajador, como cuestiones finales más importantes.—H. M. C.

NICOLAI HARTMANN: *Der Denker und sein Werk*. Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1952; 312 págs.

GERHARD HENNEMANN: *Das Bild der Welt und des Menschen in ontologischer Sicht*. München-Basel, Ernst Reinhardt, s. d.; 76 págs.

Los dos libros tienen como motivo fundamental la filosofía de Nicolás Hartmann. En el primero se agrupan una quincena de artículos sobre diferentes aspectos de la obra del eminente filósofo, precedidos de un trabajo del mismo Hartmann acerca de la personalidad (*Das Ethos der Persönlichkeit*), escrito en 1949, y que es un excelente resumen de sus conocidas afirmaciones anteriores. El libro de Hennemann, por su parte, arranca de una exposición de la ontología para intentar, desde ella, describir la situación especial del hombre --modo

de ser irreducible y particular-- en el seno de ese conjunto que es el mundo.

I. La relación entre Hartmann y la escuela de Marburgo ofrece todavía puntos importantes que precisar. J. Klein dedica al tema unas páginas tan apretadas como certeras. En determinadas posiciones de Hartmann (cfr. este trabajo de Klein, *N. Hartmann und die Marburger Schule*), pudiera encontrarse cierto apoyo para una consideración ecléctica de su doctrina, que de este modo quedaría como mera síntesis de los puntos trata-

dos por los grandes maestros del pensamiento sobre la base realista-ontológica. Pero tal interpretación es inexacta. El sistema de Hartmann aporta mucho trabajo original y es, a la par, una elocuente argumentación contra los uniteralismos desarraigados; lo que no excluye —se advierte con razón— que sean válidas algunas objeciones contra el *leitmotiv* realista-ontológico.

El trabajo de Hans Pichler (*Die Wiedergeburt der Ontologie*) se separa un poco del rumbo seguido por los intérpretes incluidos en el volumen. En el prefacio a *Grundlegung der Ontologie*, Hartmann reconoció que Pichler se había anticipado a sus propias tesis. Fueron dos obras estas adelantadas: *Ueber die Erkennbarkeit der Gegenstände* (1909) y *Christian Wolfs Ontologie* (1910). Ahora Pichler no parece consignar nuevos argumentos en favor del realismo ontológico. Los otros articulistas, por el contrario, insisten en la fecundidad de las indagaciones de Hartmann para el alumbramiento fenomenológico y categorial de la singular esfera del ser, dejando al margen el presupuesto realista o formulando reservas expresas contra el mismo.

En el primero de estos grupos podemos incluir los ensayos más estrictamente expositivos: el de E. Spranger (*Das Echte im objectiven Geiste*) y otro de I. Pape sobre el mismo tema, pero con particular referencia a la doctrina de Scheler; el trabajo de O. F. Bollnow sobre ética y el de Max Hartmann sobre la concepción del ser orgánico, y dos escritos —de Heimsoeth y Wein— que toman apoyo en el análisis categorial de Hartmann, respectivamente, para una historia del concepto de «categoría» y para una «lógica estructural» que tiene puntos de contacto con la *general science* de Whitehead —interesada, como se sabe, en la búsqueda de las estructuras generales de las conexiones de la realidad.

Entre los escritos que afrontan directamente el problema del realismo,

merecen recordarse los de H. J. Höfert y E. May, sobre la filosofía de la naturaleza, y el trabajo de G. Martin acerca de la aporética como método filosófico. May centra con acierto la dificultad de la ontología hartmanniana cuando pone de manifiesto lo insostenible de la distinción entre categorías ónticas y categorías gnoseológicas y afirma, a este respecto, «la persistente importancia de Kant y de la filosofía idealista» (pág. 223). Y Martin insiste, análogamente, en la coherencia de un replanteamiento —dentro de la formulación aporética— de las tesis que mantienen la indiferencia del ser para la investigación, frente a la elevación de tales tesis a presupuesto radical. Es decir, nos encontramos ante unas indicaciones muy significativas de la exigencia de distinguir entre las aportaciones fenomenológicas y aporéticas de la doctrina hartmanniana, por un lado, y por otro la «construcción» ontológica —no menos ficticia que las desprestigiadas «construcciones» idealistas.

Pero donde más claramente se destaca la personalidad del maestro es en aquellas páginas biográficas escritas por R. Heiss, uno de sus más fieles discípulos y colaboradores. Heiss nos dibuja facetas poco conocidas de Hartmann: su horror por la técnica de la vida moderna, el aislamiento de determinados círculos, su insensibilidad para ciertas direcciones culturales (típica la imposibilidad de un «diálogo filosófico» con Heidegger, su colega en Marburgo). No se trata de notas biográficas marginales, sino datos que nos permiten comprender en cierto modo los motivos de la limitada resonancia del pensamiento hartmanniano en la filosofía contemporánea. Son los rasgos personales a que corresponde el tono de su especulación, montada sobre una concepción de la filosofía como ciencia y sobre un *habitus* filosófico conformado en la *Gelehrsamkeit*, contra toda genialidad subjetiva y acaso sugestiva. El rigor metódico que presidió su enseñanza universitaria se muestra ejem-

plar en unas páginas —sobre la sagacidad y la sabiduría— que los editores han tomado de unas discusiones académicas del año 1933. Este ejemplo del maestro es el que los discípulos ahora recuerdan.

II. El aludido proyecto de Hennemann (*Das Bild der Welt und des Menschen in ontologischer Sicht*) se desarrolla en dos pasos temáticos. La primera parte de la obra expone la ontología general hatmanniana. Las categorías de ser quedan establecidas de forma jerárquica: lo inorgánico, lo orgánico, lo psíquico y, por último, lo espiritual. Las cualidades ontológicas comunes a todas estas categorías son tres: la temporalidad, la existencia y la finitud. Estas cualidades integran la «realidad». Leyes ontológicas rigen las relaciones entre estos diversos dominios: 1.º Cada dominio es irreducible; tiene sus propias leyes y principios. 2.º Cada sector reposa sobre el sector inferior y es condicionado por él. 3.º A pesar de este condicionamiento el sector

superior permanece libre respecto al inferior. Cada sector aporta un «novum» que lo hace autónomo.

La segunda parte es una aplicación de estos principios al hombre. La antropología es sólo científica en tanto se limita a una descripción de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo y de su situación. Las ciencias del hombre deben dar razón de las leyes ontológicas y mostrar hasta qué punto el hombre es íntimamente penetrado en su totalidad por el universo y englobado en él. He aquí el punto a fundamentar.

Tal es el esquema de la obra de Hennemann. Intimamente enlazados, uno y otro homenaje póstumo corroboran una vez más la vigencia que todavía tiene entre discípulos y amigos el pensamiento de Nicolás Hartmann, y ambos servirán en su día como ayuda para precisar el puesto definitivo que a tan egregio maestro corresponde en la filosofía del siglo XX.—MANUEL JIMÉNEZ DE PARGA.

SYMPOSIUM: *Jahrbuch für Philosophie*. Band III, Verlag Karl Alber-Freiburg-München, 1953; 560 págs.

Seis monografías integran este tercer volumen del anuario de Filosofía. La primera de ellas, se debe a Erwin Arnold, conocido especialista en historia de la Filosofía, quien dedica el presente estudio monográfico a la historia de la teoría de la «suppositio». Como se sabe, la teoría de la «suppositio» es capital para la comprensión de la lógica escolástica, de tal manera que sin su comprensión rigurosa las fórmulas de sinonimia y univocatio pierden articulación en la lógica tradicional. A través de una minuciosa incursión, que se extiende desde los presupuestos griegos, el autor analiza la evolución del concepto y del nombre para acabar estudiándolos en Guillermo de Ockham. En esta última parte queda patente no sólo la relación entre Ockham y Abelardo, si-

no el sentido nuevo de la metafísica del primero buscando una relación causal de carácter natural que se aparta de la relación causal de carácter abstracto. Para lograr esto, Ockham tuvo que cambiar la teoría tradicional de las propiedades y, por consiguiente, la valoración del concepto de «suppositio».

En cuanto a la monografía de Heinrich Rombach, titulada «Sobre el origen y esencia de la pregunta», hemos de advertir, ante todo, que se trata de una monografía «heideggeriana». No sólo son parecidos los puntos de vista en algunos casos, sino que en el estilo y en el procedimiento parece que el autor tiene presente de continuo al filósofo existencialista. Por otra parte, esta extensísima monografía se mueve de continuo en el

campo de la ficción problemática, o si se prefiere en el de la amplificación caprichosa. Sin poseer el autor la capacidad de potenciación de lo trivial que posee Heidegger, sigue por este camino ampliando continuamente por el procedimiento de analizar palabras ya empleadas y caer y recaer en distingos filológicos, con lo que la lectura se hace pesada e insatisfactoria por su abusivo carácter de pura y caprichosa especulación. Hay, por otra parte, una objeción que hacer: el autor analiza el concepto y la realidad de situación, pero le da un carácter excesivamente sugestivo. Parece que la situación fuera resultado exclusivo de la persona que protagoniza la situación, lo que acentúa de tal manera el carácter introspectivo de la investigación que la hace infecunda. No quiere esto decir que la monografía que comentamos carezca por completo de interés: las objeciones se refieren con preferencia a su excesiva e innecesaria reiteración e infecunda minuciosidad.

En cuanto a los otros tres ensayos, el de Helmut Läubin sobre «Hölderlin und das Christentum» el de Henri Bouillard sobre «Das Grundanliegen Maurice Blondls und die Theologie» y el de A. de Waehrens Walter Biemel sobre «Heideggers Schrift Vom Wesen der Wahrheit» baste decir que son cada una en su tema tres excelentes monografías especializadas de las que no se puede prescindir para el estudio de los correspondientes asuntos. Concretamente la dedicada a «Hölderlin y el Cristianismo», agota las posibilidades de investigación, en términos generales, sobre este aspecto básico para el estudio del mundo ideológico del gran poeta.

La última monografía se debe a Karl Ulmer y se titula «Von der Sache der Philosophie». Es el resultado inteligente del esfuerzo por precisar en lo que afecta a la filosofía, las relaciones que existen entre «imagen del mundo» y «concepción del mundo».— E. T. G.

LOS MANUALES HUMBOLDT

La «Colección», en cuanto fenómeno cultural vinculado a la actividad editora y, en cierto sentido, a la propaganda, es un fenómeno típicamente europeo y contemporáneo. La «Colección» aparece con una serie de pretensiones: precio asequible, diversidad, manuableidad, etc., que son los signos exteriores de algo mucho más profundo: la divulgación del saber, de una parte, y la dificultad de abarcarlo, de otra. La primera «Colección», que tiene ya las notas que han de permanecer es, a mi juicio, la «Colección de Chemins de Fer», que se publicó en Francia alrededor del año 1840 y que dió a conocer obras maestras de los escritores franceses del tiempo. Ya en el título de esta «Colección» se echa de ver la vinculación que existe entre el ajetreo de la vida moderna, el ferrocarril, y la necesidad de aprovechar las pausas del quehacer cotidiano para informarse de temas generales o especiales que exceden el campo de la particular profesión. La «Colección» resulta, pues, de la tensión entre la complejidad del saber que lleva a la especialización y la necesidad de conocer, o por lo menos de tener un panorama que integre en una visión común la universalidad dispersa de los temas de las ciencias espirituales y naturales de nuestro tiempo. Desde este punto de vista, la «Colección» es algo más que una aventura editora. Es el resultado de una tensión creadora y, por consiguiente, en tanto que la tensión exista, la «Colección» como fenómeno cultural subsistirá.

Quizá la pregunta más inquietante que acerca de esto podemos formular sea la de dónde proviene o de qué fundamento nace esa apetencia actual de sabiduría universal. Las «Colecciones» complejas que publican junto con un libro de divulgación filosófica otro de viajes, ¿en qué medida responden a una última e inevitable tendencia a poseer la visión conjunta del saber de una época? Cuestión que implica esta obra: El lector de tales «Colecciones», ¿Por qué se siente impulsado a admitir y buscar esta complejidad que a veces no es sino mera yuxtaposición? Ya que es indudable, a mi juicio, que el tipo de lector más común de nuestro tiempo es el lector de «Colecciones» que no busca un determinado tema, sino que responde al sentido general que ha presidido la intención del editor, leyendo la mayoría de las obras que la colección publica y coleccionándolas. La «Colección» se ajusta a un «coleccionador».

No hay duda que esta pretensión de conocer en su conjunto el panorama universal del saber, procede, en parte, de una inquietud profunda ocasionada por la impermeabilidad de los distintos saberes especializados. El físico se inquieta ante los para él lejanos temas de historia del lenguaje, y a su vez el lingüista se pregunta en ocasiones cuál será, realmente, la importancia del tan traído y llevado segundo principio de la termodinámica. La inquietud de la soledad es, en cierto modo, esta inquietud. Pero hay más. Hay un convencimiento irracional de que el saber es socialmente unitario. En otras palabras, que por muy claustrales que sean los límites que separan las distintas disciplinas en cuanto tales disciplinas, éstas forman, no obstante, parte de una determinada situación social en una misma coyuntura histórica, y poseen una unidad, que rebasa en cierto modo a la posible unidad científica, a la que pudiéramos llamar unidad humana. En cuanto humano que posee una cierta cultura y, por consiguiente, una cierta capacidad de afirmación y crítica, no puedo resignarme a no intuir la unidad humana que está a la base de la cultura. Esta unidad humana no puede fraccionarse y cuando resulta artificialmente fraccionada, se produce un movimiento que persigue el perdido hallazgo de la unidad, sin cuyo hallazgo no existe la humana tranquilidad. Cuando se posee la visión unitaria de lo humano reflejada en el orden cultural se pasa por un período de tranquilidad y seguridad espiritual. Cuando esta unidad en el orden de la cultura no se posee, se busca, y una de las manifestaciones de esta búsqueda, la más exterior y quizá insospechada, es la «Colección». En la medida en que nuestra época es una época de «Colecciones», es también época en que se busca esa visión unitaria de lo humano.

Dentro de estos caracteres generales no se puede olvidar uno que antes hemos citado y que es prevjo a todos los demás: una gran divulgación de saber. Merced a esta divulgación, la gente sabe que la velocidad de la luz es una constante y que esto sirve de base hoy a la teoría de la relatividad y han oído decir, e incluso han leído en el periódico diario, que se duda, realmente, de que sea tal velocidad constante. También han leído algo acerca de un fenómeno termodinámico llamado entropía, que biólogos y físicos emplean para explicar, desde su punto de vista, nada menos que la vida y la muerte individual y colectiva. Esta divulgación no tendría sentido si no se refiriese a un público que desea tal divulgación y la busca. La divulgación del saber no es la popularización del saber, un saber divulgado no es un sa-

ber popular; divulgar significa aquí, más o menos, extender o difundir entre quienes desean y están en cierta medida preparados para tal difusión. Pero hay ciertos núcleos últimos de las ciencias que no pueden ser difundidos sino por un largo proceso que las más de las veces es secular. Las fórmulas newtonianas tardaron en divulgarse y aún hemos de esperar hasta que la física que se enseña en el bachillerato sea la física relativa con las correspondientes formulaciones matemáticas. Esta difusión secular no es propiamente divulgación; la divulgación se refiere a la difusión actual y perfectamente hacedera, lo que supone a su vez una cierta simplificación. En efecto, la comunicación coetánea del conocimiento científico especializado implica la reducción del contenido de ciertas disciplinas a sus elementos más asequibles y sobre todo una transposición de lo puramente abstracto y simbólico a ejemplos contruidos sobre imágenes habituales. Más o menos esto es lo que hacen los divulgadores científicos de hoy, que intentan explicar con imágenes, en la medida en que esto es posible, las formulaciones matemáticas de los físicos. Pero, en términos generales, la divulgación sirve para satisfacer el ansia de integridad, lo que hemos llamado unidad humana del saber y de la cultura, desde cuya unidad humana es fundamentalmente fácil el diálogo y la comprensión social. No hay que olvidar que sólo en la medida en que un químico puede discutir con un historiador, y viceversa, desde sus respectivos saberes, existen, teniendo siempre en cuenta la invencible dificultad de los núcleos especializados de conocimiento, unas verdaderas relaciones intelectuales en las minorías directoras. Es indiscutible que la divulgación del saber ayuda a la formación de minorías directoras unitarias y estables. Junto con la divulgación se da como fenómeno secundario el de la popularización. Llega un momento en que el proceso de difusión convierte a determinadas ideas en algo popular. Cuando esto ocurre la divulgación ya no es necesaria, es más, las mismas minorías la repudian porque se ha traspasado el límite que define el círculo mágico, sacro y, en cierto sentido, misterioso que todo saber tiene. Divulgar es extender el saber entre los iniciados, pero sin romper ese matiz de diferenciación peculiar a las personas especialmente preparadas y dotadas y sin el cual el saber enflaquece y se convierte en trivialidad. Aun hoy no se ha perdido el sentido mágico que desde sus comienzos tiene todo saber creador y superior.

Ha suscitado las consideraciones anteriores la presencia, inquietante por lo que tiene de potencialmente agotadora, en la mesa de trabajo del censor de bastantes volúmenes de una «Colección» editada por la Editorial Humbolt, en Viena, titulada «Die Universität». La «Colección» responde a las notas generales que antes hemos ilustrado, poniendo especial cuidado de evitar la popularización. Ya el título mismo indica la pretensión de integrar la universalidad del saber de nuestro tiempo desde puntos de vista superiores. En ocasiones cabe preguntarse, incluso, si en algunos de los volúmenes no habrá demasiada especialidad, pero considerándolo más despacio y atendiendo a los conocimientos básicos que sirven de fundamento a los estudios superiores en las Universidades de hoy, resulta que, en términos generales, todos los libros que en la colección se citan son asequibles al lector europeo de cultura media. El sentido de universalidad, la ausencia de concesiones a la popularidad, en general, un cierto halo de sobriedad y ascesis intelectual que de la colec-

ción se desprende, la caracterizan como producida dentro del mundo intelectual germánico, aunque responda al común *appetitus unitatis* de nuestro tiempo, y sean autores de todas las nacionalidades los que en la colección intervienen, ya que abundan las obras traducidas.

Sólo unos cuantos volúmenes que se refieren en términos generales a las ciencias que solían llamarse naturales, y digo que solían llamarse, aludiendo a que las divisiones y diferenciaciones estrictas en el orden del conocimiento empiezan a perder rigidez. Del mismo modo que las distinciones entre los estilos literarios son hoy muy confusas, de igual manera se extiende cada vez más una zona penumbrosa que difumina las fronteras, en apariencia tan bien señaladas, entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. El primer libro que leo, de unos cuantos más o menos incluíbles en la perspectiva de las investigaciones científiconaturales, es la obra de sir Edmund Whittaker, que se titula en inglés *From Euclid to Eddington. A study of conceptions of the external World*, que se editó por primera vez en Cambridge en 1949. La traducción alemana pone al alcance del universitario alemán y, en términos generales, del hombre culto con curiosidad intelectual, un compendio excelente del proceso de la transformación de las ideas científicas que desde la teoría de la física han servido para construir, sucesivamente, imágenes del mundo desde Grecia hasta hoy. Los mismos epígrafes son sumamente sugeridores. El último sobre todo podría servir de base a una larga meditación. Se titula *El universo de Eddington*. ¿Qué ha ocurrido, en el orden de la cultura occidental, para que lleguemos a una situación en que cada físico propone su propio y particular universo?

El segundo libro titúlase *Desarrollo y temas de la geografía*; se debe al profesor Ewald Banse. Es una ojeada retrospectiva y actual sobre esta disciplina, que tiene un subido valor humanista. El autor lo sabe y lo acentúa. En la historia de nuestra cultura las humanidades se han vinculado desde el Renacimiento con una gran fuerza a la descripción de la tierra. Un apéndice del profesor Hübner estudia el desarrollo de la Geografía como disciplina escolar y su lectura fortalece y fundamenta, en términos generales, la idea de la relación entre Geografía y Cultura.

No pretendo hacer una enumeración exhaustiva que fatigaría al lector sin objeto. El catálogo de la Editorial es de adquisición sumamente fácil, y allí puede quien tenga interés en ello, encontrar la relación total de los volúmenes publicados. Paso, pues, por alto la introducción a la *Psicología Social*, de Hofstätter; *La Sociología de la Historia*, de Barnes, sumamente conocida de los lectores españoles en su edición inglesa; *La Introducción a la Econometría*, de Tin Bergner, y otros libros más, para detenerme un momento en el de Winkler, volumen décimotercero de la Colección, titulado *Crítica de la Ciencia*.

A mi juicio, el libro tiene singular importancia porque hace sistemáticamente una crítica del conocimiento científico, partiendo de una crítica del lenguaje científico. El ataque realmente demoledor del neopositivismo contra las categorías epistemológicas tradicionales comienza ya a divulgarse. En este libro de Winkler, recogiendo en parte los resultados tanto del círculo de Viena como de sus continuadores norteamericanos, aunque manteniéndose con un criterio independiente, se comienza por señalar el valor del idioma, la lengua,

la palabra, los sentidos primigenios y los conceptos, para llegar al análisis del sentido de las palabras en los distintos momentos científicos; por ejemplo, las expresiones *tiempo* y *espacio*, *fuerza* y *número*, que no han tenido siempre el mismo valor. Algo análogo ocurre con el *ser*, el *deber*, el *poder*, el *nacimiento*, la *vida*, el *morir* y la *muerte*. El estudio semántico de estas palabras, el contenido que la ciencia les han atribuido en cada caso, sirve para librarlos del proceso de cristalización lingüística y evitar que caigamos en el error de creer que para un griego la palabra muerte tiene el mismo complejo de significaciones que tiene para nosotros. La Ciencia tiene que disponerse a valorar los elementos coyunturales del lenguaje y avanzar así hacia un sistema de significaciones que se aproxime a una auténtica expresión simbólicocientífica incluso en el orden del lenguaje.

La conclusión general a la que llega Winkler es que la consciencia, en cuanto pensamientos que se refieren a la sucesión, no está determinada por la novedad real, sino definida por la secuencia lineal o causal del transcurrir. El lenguaje aparece así como algo transcurrente. ¿Pero no se podría llegar a un lenguaje científico, en cuyo simbolismo abstracto el transcurso no supusiera novedad?

Del grupo de límites imprecisos cuyo contenido se puede referir a las ciencias del espíritu, elijo los libros que con mayor claridad, a mi juicio, expresan el sentido general de la «Colección». Theodor Geiger, es el autor de un volumen relativamente pequeño y sumamente valioso titulado *Ideología y verdad*. Hasta este librito de Geiger, publicado en 1953, faltaba una crítica general y sistemática del concepto de ideología en sus relaciones con la verdad y viceversa. El libro de Mannheim, ante el cual adopta Geiger una cierta actitud crítica, es, desde luego, uno de los libros más importantes que se han publicado en lo que va de siglo; no obstante, el propio Mannheim responde a una tradición y circunstancias en exceso presionantes, por lo que su libro parte de unos supuestos que limitan la crítica del concepto de ideología en general. Precisamente, lo que Geiger pretende es desprenderse de cualquier condicionamiento previo y analizar lo que el concepto de ideología ha significado y significa, tanto en su uso habitual como en sus posibles significaciones en relación a las diversas disciplinas del espíritu. Desde el análisis semántico, pasando por las distintas valoraciones que se han dado a la expresión «ideología», por ejemplo, la napoleónica, pues fué Napoleón quien más divulgó el término «ideólogo», hasta la valoración marxista y los matices actuales. Pero el problema central es el siguiente. ¿En qué relación están ideología y realidad? ¿Significa de suyo ideología algo ficticio frente a la realidad objetiva y constante? Geiger demuestra cómo, según la concepción del mundo, los términos de realidad e ideología son intercambiables. Es evidente que el análisis de Geiger rebasa los límites conceptuales que habitualmente damos al término ideología, pero no es menos cierto que el hecho de que se haya realizado tal análisis es ya un dato valioso para aprobar la decadencia de la rigidez de la terminología marxista predominante.

Sea el segundo libro el de Moritz Schlick titulado *Naturaleza y Cultura*. Se trata de la última obra de Moritz Schlick, muerto, como se sabe, en 1936, que se ha publicado ahora en 1952. Tratándose de persona que, como Schlick, dependía tanto del círculo de Viena y que se preocupó de modo tan continuo

de los problemas del conocimiento científico y particularmente de los problemas de la teoría de la nueva Física próxima a la Filosofía, el libro tiene el mayor interés. Todos recordamos el artículo de Schlick *La causalidad en la física actual*, publicado en 1931, y otro, que ya es famoso, titulado *Sobre el concepto de Totalidad*, una de sus obras más importantes. El libro titulado *Naturaleza y Cultura* recuerda en cierta medida un testamento espiritual. Bajo un título tan amplio se esconden temas muy concretos, como el Estado, la guerra, la libertad, etc. Hay que acentuar el sentido espiritual del libro y la defensa de la libertad. El libre albedrío queda patentizado como realidad frente al viejo determinismo de las ciencias naturales, también hoy en crisis.

Me referiré ahora a un libro que señala el carácter general de la «Colección», y al mismo tiempo el punto de vista superior desde el que está concebida. Me refiero a la *Teoría general de la organización*, escrito por Karl Stefanic-Allmayer. Desde luego, «organizar» es una de las palabras que mejor expresan el sentido de nuestro tiempo. No se trata, desde luego, del criterio corporativo o instrumental, sino de una organización preferentemente técnica, pero, al fin y al cabo, «organizar» es una de nuestras grandes preocupaciones. He aquí que el autor ha tenido la feliz ocurrencia de escribir una *Teoría general de la organización*, en que con independencia de los problemas simplemente metodológicos y técnicos, estudia los caracteres generales de la organización en cuanto tal. No se crea que se trata de un libro lleno de vaguedades o engrandecidos con disquisiciones inoportunas, al contrario, es un libro denso, sistemático y que no se aparta del tema. Las distinciones entre organismo y órgano, las estructuras, las funciones, los cometidos, los supuestos espirituales, el problema de la dirección del órgano, son temas que se analizan con pormenor y precisión. Y todo ello sin recurrir al socorrido procedimiento de la comparación con los organismos biológicos y eludiendo incluso el fácil tema de la terminología biológica.

Mencionaré, para acabar, los libros generales de síntesis. El de Hinrich Knittermeyer, *La filosofía de la existencia*, libro de excelente información, algunas de cuyas partes son, sin duda, un utilísimo resumen del pensamiento de ciertos filósofos de esta tendencia, como el que se dedica a Jaspers. Mencionaré también con especial mención de sus méritos, la obra de Peter R. Hofstätter, titulada *La psicología y la vida*, libro que nos gustaría ver traducido a nuestro idioma. Es una excelente visión de la función de la psicología en el mundo actual, asequible, ilustrada y profunda. El último capítulo, «El papel de la psicología en la sociedad», tiene especial interés desde nuestro punto de vista, aunque quizá sea el menos conseguido de la obra en su conjunto.

El libro de Stegmüller, *Las corrientes principales de la filosofía actual*, entra también en esta clase de libros de información general. Hay que señalar, sin embargo, el hecho sumamente aclarador de que la tercera parte del libro está dedicada al positivismo lógico, Rudolf Carnap y sus continuadores. El general desconocimiento que en ciertos sectores del pensamiento europeo hay acerca del neopositivismo lógico, desconocimiento injustificable, y por otra parte insustituible, hace de este último capítulo, sumamente claro y preciso, un instrumento imprescindible de información general.

Citaré, por último, el libro excepcional de Heinz Kindermann, dedicado

a la visión de Goethe en el siglo XX. Setecientas veintinueve páginas en las que se recoge todo lo que se ha publicado sobre Goethe de cierta importancia en lo que va de siglo. Nada mejor que este libro para patentizar la creciente preocupación sobre el poeta alemán, y en cierta medida la contradicción interna que parece existir en la proyección histórica de Goethe. Por un lado se le suele interpretar como una intimidad asequible a los biógrafos. La biografía de Goethe puede ser total y perfecta, ya que su vida exterior es tan rica que puntualiza sin soluciones de continuidad el proceso interno. Desde este punto de vista, Goethe es presa fácil para el biógrafo y, en términos generales, para el ensayista. Sin embargo, esta misma claridad parece que se transmuta en problema, y que la persona y la actividad de Goethe, en todos los órdenes, se hacen problemáticas y se enriquecen con dudas e incluso con oscuridad. Cien monografías, ensayos y artículos se apiñan en las páginas de este libro como testimonio de la perplejidad renovada ante la continua presencia de Goethe.

En recensiones especiales daremos noticias de algunos otros libros de la «Colección», que por su índole requieren que la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS informe a sus lectores con una mayor y particular amplitud.

E. T. G.

